

misioneros destruyeron de tal modo la religion mejicana, que es muy poco lo que de ella podemos decir. Teotl, dios supremo del bien, enemigo del malvado Tlecatcolotl, premiaba y castigaba en el otro mundo, ó haciendo trasmigrar á las almas en los cuerpos de los animales. Tenian ademas otros dioses, que presidian todos los actos ó funciones, y que se representaban por medio de figuras extrañas. Uitzilopotli, personificacion del sol y cabeza de la colonia conducida por Mexi, dictó él mismo su culto y era adorado con genuflexiones, ayunos y perfumes, se llevaba á los campos de batalla y todo dependia de su voluntad. Los pueblos guiados por él, habiendo emprendido despues de consultar al oráculo un largo viaje, no se detuvieron hasta que el dios se paró en la tierra prometida; en conmemoracion de lo cual era llevado en procesion por las vestales mejicanas, como entre los Hebreos y Egipcios se hacia con el arca.

Los *teocales* ó *teopan*, esto es, casa ó lugar de dios, eran unos magnificos edificios construidos con arreglo á proporciones astronómicas y piramidales, como los de Belo en Babilonia, y enriquecidos con pingües rentas encerraban jardines, fuentes, habitaciones para los sacerdotes, y en el medio se elevaba una pirámide truncada, colocada sobre una base de ladrillos barnizados ó de gigantescas masas. Subíase á la cumbre por una escalera; la plataforma tenia en lo alto una capilla en forma de torre, con ídolos colosales y el fuego sagrado desde donde el sacrificador era visto por el inmenso pueblo cuando degollaba las víctimas que luego precipitaba por la escalera. Lo interior de la pirámide servia de sepultura á los reyes y grandes: todo el edificio estaba fortificado á modo del templo de Jerusalem, y así Cortés tuvo que combatir en el templo á la sublevada poblacion de Méjico.

Una turba de sacerdotes asistia á ellos; cincuenta mil habia solo en el templo principal de Méjico, y las mayores dignidades del sacerdocio eran servidas por personas elegidas de las casas reales y se distinguian por insignias particulares. El gran sacerdote daba el consentimiento para la guerra y marchaba á ella en persona con los principales magistrados (1). Mientras se

(1) El P. Sahagun nos ha conservado la súplica siguiente de los Mejicanos, implorando la divina asistencia contra los enemigos:

« Señor humanísimo y piadosísimo, defensor invisible é impalpable, cuya sabiduría nos gobierna y bajo cuyo imperio vivimos: señor de las batallas, prepárase una gran guerra: el dios de la guerra abre la boca, tiene hambre y quiere sangre de los que han de morir peleando. Quieren divertirse al sol y el dios de la tierra llamado Tiateculli; quieren dar de comer y beber á los dioses del cielo y del infierno, y les ofrecerán en el banquete la carne y la sangre de los que mueran en batalla. Ya los dioses del cielo y del infierno no cuentan para ver quién vencerá, quién será vencido, quién matará, quién será muerto, de quiénes será la sangre que se beba, la carne que se coma. Pero no lo saben los nobles padres, cuyos hijos deben morir; no lo saben los parientes ni los deudos; no lo saben las madres que les criaron á sus pechos y cuidaron de su niñez.

» Haced, oh Señor, que los nobles que mueran en la guerra sean recibidos en gracia por el Sol y la Tierra, que

permanecia en el sacerdocio, que no era perpétuo, ninguno debía tocar á otra mujer mas que á la propia, y desgraciado del que hubiese faltado por pereza á los oficios, y los sacerdotes no salian del recinto de las suntuosas habitaciones anejas á los templos. También habia mujeres destinadas al servicio de Dios y á alimentar el fuego sagrado; pero no asistian á los sacrificios sanguinarios. Tampoco faltaban ciertas órdenes monásticas, de las cuales una estaba dedicada á Centeotl, compuesta de sexagenarios y viudos, los cuales daban consejos y escribian la historia que despues trasmitian al sumo sacerdote que la publicaba. Los Tlamacazqui macerábanse rigurosamente los cuerpos, y rompiéndose las carnes con espinas, clavaban cañas en las heridas.

La ferocidad á que estaban acostumbrados con tan inhumanas penitencias, la practicaban despues en sacrificios inhumanos, comunes entre ellos y acompañados de atrocísimas ceremonias. Hacíase mercado ó comida de los cadáveres de las víctimas. Encima de la pirámide de Cholula se levantaba el altar dedicado á Quetzalcoatl, dios del aire, representado bajo la figura de un hombre blanco y barbudo, gran sacerdote, legislador y cabeza de una secta que se imponia penitencias rigidísimas, como perforarse los labios y las orejas y el cuerpo de parte á parte con espinas de agave. En su tiempo el Anahuac gozó de la edad de oro, hasta que el grande espíritu Tezcatlipoca ofreció á Quetzalcoatl una bebida que con la inmortalidad daba también el deseo irresistible de visitar lejanas comarcas. Habiendo llegado á Cholula le ofrecieron sus habitantes el gobierno, y en veinte años que permaneció entre ellos les enseñó á fundir los metales, preceptuó el ayuno de ochenta días, la intercalacion del año tolteco, ordenándoles que viviesen en paz, y que no ofreciesen á la Divinidad mas que las primicias de los frutos. Despues desapareció, prometiéndoles que volveria á renovar su felicidad.

Los Aztecas lo mismo que los Indios creían en la destruccion y regeneracion periódica del universo, atribuyendo al espacio lo que parece pertenecer solo al tiempo, y suponian que habian pasado cuatro edades, presididas cada una por un sol propio. La primera, *la del agua*,

son padre y madre de todos y tienen entrañas de amor. Vos no los engañaste callando lo que hacéis y exigiendo que mueran en la guerra, porque la verdad es que los pusisteis en este mundo para que alimentaran al Sol y á la Tierra con su carne y con su sangre.

» Oh señor humanísimo, señor de las batallas, soberano de todos, amado Tezcalipuca, dios invisible é impalpable, haced que los que hayáis destinado á morir en esta guerra sean recibidos en la casa del Sol con amor, con honor y sentados junto á los valientes, esto es, junto á Quetzalcoatl, Macuheatzin, Thacavepatzin, Yatlicuechavac, Yuitlenuic y Chavaguetzin y todos los héroes muertos en batalla. Ellos celebran con eternos cánticos y perpétua alabanza al Sol nuestro señor; chupan y aspiran la dulzura de las flores mas suaves por sabor y perfume. Esta es la gloria reservada á los valientes que mueren en la guerra; no se cuidan de la noche ni del día, ni del tiempo, ni de los años, porque su poder y riquezas no tienen límites, y jamás se marchitan las flores, cuyos perfumes aspiran.

duró cuatro mil ocho años, y concluyó con un diluvio general, en el cual pereció el sol con los hombres. La segunda fué la *de la tierra*, que duró cinco mil doscientos seis años, hasta la destruccion de los gigantes, causada por fieros terremotos, que rompieron el segundo sol. Sigue á esta la edad *del viento*, que duró cuatro mil y diez años, hasta que un huracan aniquiló el tercer sol y á todos los hombres. En cada una de estas revoluciones se trasformó la especie humana en animales, capaces de sufrir aquellas catástrofes, salvándose solo un hombre y una mujer para que renovasen la especie. La edad presente, que era la *del fuego*, hacia ochocientos cincuenta años que habia principiado, era la única cuyos anales se conservaban y debía terminar con un incendio general, y debiendo suceder esto al fin de un siglo, que para ellos era de cincuenta y dos años, cuando concluía alguno se llenaban de terror.

Entonces todo se convertia en tristeza; se apagaba el fuego sagrado; los monjes oraban incensantemente; se rasgaban los vestidos; se rompian los muebles de mas valor; se ocultaban los rostros con máscaras de agave, y se miraba á las mujeres que estaban en cinta con singular horror, porque se creía que en el momento de la catástrofe se convertirían en tigres, y se unirían á los genios maléficos para vengarse de los hombres. La noche del último día, los sacerdotes, vestidos con los hábitos de los dioses y seguidos de una multitud inmensa, subian á la montaña de Uixacecatl, y en su cumbre esperaban en silencio el instante fatal que las pléyadas ocupasen el punto medio del cielo. Al pasar estas por el meridiano, el sacrificador degollaba á un prisionero, atizaba en su herida el fuego con que se encendia la pira en que debía ser quemado. Un grito universal de alegría anunciaba á los que estaban lejos que habia pasado el peligro, y algunos corrían con teas encendidas á reanimar el fuego. Redoblábase la alegría cuando el sol brillaba en el horizonte, y entonces los dioses volvian á sus altares, las mujeres á sus casas, se renovaban los vestidos, y se celebraban fiestas por espacio de trece días, restaurando los templos, las paredes y los muebles.

Causó mucha admiracion á los Europeos el encontrar allí algunos ritos semejantes á los Cristianos; vigiliias, ayunos, confesion auricular (1), y una especie de eucaristia con pan mojado en sangre humana.

(1) Fray Bernardino de Sahagun nos ha conservado un fragmento de la exhortacion de un sacerdote mejicano á su penitente:

« Hermano, has venido á un lugar de muchos peligros, de muchos trabajos y terrores: es un precipicio en que se eleva una roca cortada á pico. El que una vez cae en él jamás llega á salir. Has venido á un lugar en que hay mil lazos armados los unos debajo de los otros, de suerte que no se puede pasar sin caer en alguno, y hay ademas en él simas profundas como pozos, y tú te has arrojado en medio de la corriente del río y en los lazos adonde es imposible escapar. Estos lazos son tus pecados, y por lo que destrózan el alma, pueden también compararse con las fieras que destrózan el cuerpo. ¿Me has ocultado tal vez alguno de esos pecados tan graves, horribles

Los calendarios, en los cuales tenian señaladas las fiestas, son uno de los mas singulares monumentos de la civilizacion de los Mejicanos, y nos fueron revelados especialmente por una gran piedra basáltica, encontrada en 1790 en las ruinas del antiguo teocal. El año civil de los Aztecas era solar de 365 días, dividido en diez y ocho meses de veinte días; ademas de cinco complementarios llamados *nemontemes*, esto es, inútiles. Comenzando el día por la salida del sol, le dividen en ocho intervalos, esto es, aparicion, ascension, medio día, media noche, y cuatro intermedios sin nombre. El mes tiene cuatro períodos, al principio de los cuales celebra cada comunidad su mercado. La semana de siete días no parece conocida de ningun pueblo del Nuevo Mundo (1). Trece años formaban un ciclo llamado *tlalpilli*, cuatro de los cuales constituían un *xihmompili*, y dos de estos un *chehuetiliztli* ó vieja edad. El calendario ritual usado por los sacerdotes era una serie de períodos de siete días que siguen la *velada* y el *sueño* de la luna: veintiocho de estos períodos constituyen un año civil, mas un día, con el cual formaban un nuevo período cada trece años, concordando así el año ritual con el civil.

Es maravillosa la semejanza que se encuentra entre el calendario mejicano y el de algunos pueblos del Asia Oriental, como los Japoneses, analogía revelada por Humboldt, y que no puede suponerse accidental, pues no está fundada en ningun fenómeno natural. Ademas, el gran erudito demuestra que los nombres dados á los días mejicanos son los de los signos del zodíaco entre los Asiáticos Orientales (2), y que el Tibet y Méjico ofrecen notables semejanzas en la jerarquía eclesiástica, en el número de las congregaciones religiosas, en la extremada austeridad de las penitencias, y en el orden de las procesiones.

Cada mes celebraban fiestas movibles y estables, contaminadas con crueldades, no ménos que otras ceremonias de la vida, y pocas veces efectuadas sin sangre. Eran quemados los muertos y á menudo también sus mujeres y esclavos. Por esto en aquella religion parece que se ve la

y vergonzosos que el cielo, la tierra y el infierno saben ya y que infestan el mundo desde uno á otro confín?

» Te has presentado al Señor, nuestro clementísimo protector de todos, á quien has ofendido, cuya cólera has provocado y que mañana ó pasado te sacará de este mundo y te enviará á la casa universal del infierno, donde están tu padre y tu madre, y el dios y la diosa de la triste morada con la boca abierta dispuestos á devorarte como á todo lo que ha existido en el mundo.

» En conclusion, te digo que limpies las inmundicias y el mal-ladar de tu casa, que te purifiques, que busques un esclavo para sacrificarlo á los dioses, y des una fiesta á los sacerdotes para que estos canten las alabanzas del Señor. Harás también penitencia trabajando un año ó mas en la casa del Señor. Allí te sacaré sangre de tu cuerpo, te punzaré con espinas de aloe, y para que purgues completamente tus adulterios y demas delitos, te pasaré dos veces al día una aguda espina por partes sensibles de tu cuerpo, una vez por las orejas y otra por la lengua.»

(1) Bailly piensa de otra manera, pero Humboldt le refuta.

(2) *Vues des Cordillères*, tomo II, p. 3.

lucha entre un culto antiguo, todo símbolos, y el nuevo sanguinario; recordaban el tiempo en que fueron sacrificadas á su dios las primeras víctimas humanas, y en algun punto se conservaba el culto de las divinidades campestres, asegurando que llegaría un día en que triunfarian de las cruentas.

¿De dónde provinieron, pues, estos ritos atroces entre un pueblo que en lo demás de sus instituciones se parece tanto al chino? La estrecha union de los sacerdotes con los nobles guerreros hizo que con el imperio se extendiese el culto homicida, al contrario de lo que sucedió en el Perú, donde los descendientes de Manco Capac con sus leyes, division en castas y monástico despotismo llevaron una religion pacífica.

Pero este pueblo, que tenia conocimientos tan avanzados en astronomía, que conocia la verdadera causa de los eclipses, la revolucion anual de la tierra, y un calendario mas perfecto que el romano, no tenia monedas ni sistema de pesas y medidas, ni hierro, ni lacticinios, ni bestias de carga; eran imperfectísimas las transacciones mercantiles, contentándose con la fe en la palabra; el vicio era objeto de castigo y aun de vilipendio; al ebrio se le derrivaba la casa y se le cortaban los cabellos como á los magistrados negligentes ó prevaricadores, y á todo al que se queria degradar.

Las artes de la imitacion estaban en aquel país en estado de rudeza, sin idea de las proporciones del cuerpo humano: figuras enanas, altas, de cinco cabezas, una nariz enorme y una cabeza puntiaguda distinguen á los héroes de las divinidades; los dioses, sedientos de sangre, debian representarse monstruosos, y así los concebía el pueblo aun bajo los tipos jeroglíficos inalterables, pero no les ponian muchas cabezas y manos como en la India. Treinta mil ídolos en pláticas fueron destruidos por los misioneros en la primera conquista, y se formaban con dos moldes: uno que producía la parte de delante, y otro la posterior, como se acostumbraba en Italia con los lares. En los bajos relieves es tipo particular de los hombres el agudísimo ángulo facial, tanto que casi no tienen frente. Encontrábanse en las rocas esculpidos gigantescos animales, armas de las provincias á quienes servían de confin, trofeos militares, batallas, emblemas, y por todas partes jeroglíficos. El plano de Méjico ántes de la conquista, una de cuyas hojas pintadas se conserva, demuestra lo entendidos que fueron los Mejicanos en geometría y topografía. Sus vasos, por su ligereza y finura, se dirían fabricados á torno, y tienen barnices de colores que se diferencian muy poco de los primeros etruscos. En Méjico se encontró el busto de una sacerdotisa azteca, adornada la cabeza por el estilo de las de Ísis y demás estatuas egipcias. Recuerdan los usos de Egipto tambien las pirámides escalonadas, las momias encerradas en casas pintadas, el uso de la pintura jeroglífica, los cinco dias epagomenos

unidos al fin del año como en Méfis, y al mismo tiempo diríase que algunas de sus instituciones nacieron en el Tibet (1).

El teócali de la capital fué destruido despues de la conquista; pero quedan los mas antiguos. En el valle de Méjico se levantan las pirámides de Teotihuacan, y las dos principales dedicadas al sol y á la luna están rodeadas de otras menores dispuestas como adornos de los caminos. De las dos mayores, la una se eleva cincuenta y cinco metros perpendiculares, y la otra cuarenta y cuatro, y la primera tiene la base de ciento ocho metros por lado; las demás que se levantan apenas ocho ó nueve metros dicen sirven de sepultura á los jefes de tribu. Las estatuas fueron derribadas por la avidez de los conquistadores y por la devocion del obispo Zumárraga. Hace medio siglo, unos cazadores descubrieron la pirámide de Papantla, de diez y ocho metros de alta y veinticinco el lado de la base, toda de piedras talladas, con tres escaleras que conducen á la cima, y adornada toda ella con jeroglíficos y nichos (L).

La de Cholula, de ladrillos sin cocer, que se levanta en una llanura desnuda á dos mil doscientos metros sobre el mar, se eleva por cuatro planos no mas que cincuenta y cuatro metros; pero cada lado de la base tiene cuatrocientos treinta y nueve, esto es, dos veces mas que de Cheops. Suponen las tradiciones que fué construida por siete personas, únicas que sobrevivieron al diluvio; pero los dioses irritados por la construccion de esta pirámide que debía tocar las nubes, fulminaron sobre ella sus rayos, por lo cual quedó incompleta. Tradicion en la cual vieron los conquistadores una reminiscencia del diluvio de Noé y de la torre de Babel. Hoy sobre la cima de esta mole hay una iglesia dedicada á la Virgen, la mas alta del mundo, que los nacionales visitan con la misma devocion con que visitaban un tiempo los atroces dioses nacionales.

En Xochicalco está la casa de las flores, gran terraplen, semejante á un bastión gigantesco, cuya plataforma tiene setenta y dos metros de ancho y ochenta y seis de largo, y en su centro se eleva una pirámide de cincuenta escalones, todo en paralelepipedos, hábilmente trabajados y unidos sin argamasa. Á uno y otro lado se ven jeroglíficos y figuras de cocodrilos y de hombres sentados con los brazos cruzados.

Á mediados del siglo pasado, Mitla, ciudad de los muertos, y Culucan, ciudad del desierto ó impropriamente Palenke, nos ofrecieron las ruinas de edificios inmensos construidos con un arte original. En 1787 fueron nombrados para explorarlas Antonio del Rio y Alonso Calderon. Las ruinas de Palenke ocupaban ocho leguas;

(1) Hace poco que Godofredo Martin Uhdé, que ha estado veinte años en Méjico, llevó á Heidelberg cantidad de antigüedades de aquel país, entre las cuales principalmente hay cincuenta y dos vasos de barro, muy parecidos á los etruscos, con figuras de divinidades romanas, griegas, egipcias, indias, etc.

todo estaba oculto por las lianas, de modo que en treinta y cinco semanas empleando el fuego y el hacha, apenas se habian descubierto quince edificios. Carlos IV de España en 1805 envió una comision á las órdenes del capitán Dupaix, que pudo darnos una idea adecuada de aquellas reliquias de un pueblo que habia perecido; edificios sagrados y civiles, fortificaciones, calles, puentes, diques, acueductos, subterráneos vastísimos, esculturas, bajos relieves, jeroglíficos, emblemas, vasos de tierra cocida, ídolos y utensilios de piedra ó de metal.

Los edificios mas antiguos eran de tierra ó de piedra viva de trozos enormes; lo mismo eran los sepulcros con vastos subterráneos, y encima tumbas cónicas cubiertas de piedras ó de ladrillos, que en algunas formaban verdaderas pirámides como las de Egipto. El edificio mas notable está situado sobre un terrado de sesenta piés de altura; por dentro pertenece al estilo gótico ó mas bien al morisco; tiene trescientos piés de largo, ciento y tantos de ancho, y treinta de altura; desde el centro se eleva una torre que debía ser altísima y que va disminuyendo en cada piso. Alrededor todos son pirámides, acueductos, subterráneos, fortificaciones y sepulcros. Las murallas son de escarpa y están cubiertas de un estuco en cuya composicion entra el óxido de hierro: están orientadas sobre un plano cuadrilátero con puertas altas y largas, y con agujeros por ventanas: estaban colocadas en sitios altos, abiertos, sin madera, ni bóvedas, aunque estas últimas se encuentran en los sepulcros y subterráneos; no usan ladrillos; los templos estaban cubiertos. La arquitectura tiene muchos adornos, pilastras, cornisas, modillones plásticos y mascarones. Los bajos relieves dejaron conocer los ritos de la sepultura, en la cual el difunto se colocaba en la hoguera con sus armas y con todo lo mas querido que tenia, matando á los siervos y á las mujeres, y sacrificándose volutariamente sus esposas. En los templos se han encontrado otros que parece indican los ritos de la iniciacion.

Una de las cosas que causaron mas admiracion, fué un cuadro donde en medio de jeroglíficos se ven el escarabajo y la T, tan frecuentes en las esculturas egipcias, y una gran cruz latina, coronada de un gallo, y de cuyos brazos pende una especie de palma enroscada; en medio de esta cruz hay otra cuyos brazos terminan en flores de loto; á la derecha un sacerdote que ofrece á la cruz un vaso de flores, y á la izquierda una mujer con tiara á la egipcia la presenta un niño acostado en unas hojas de loto.

Las ruinas de Palenke dejaron de ser las mas admirables cuando se descubrieron las de Yucatan y de Ytzalan. Aquí los edificios son todos de piedra, y el mas pequeño tiene ochenta y un piés de largo por diez y siete de ancho, y se eleva sobre una escalera de cien escalones, al fin de la cual se extiende una esplanada; todo está cubierto de líneas y jeroglíficos con lujo

asiático. Enfrente de esta pirámide está la gran plaza, adornada de cuatro grandes fabricas y empedrada de piedras cúbicas, que tienen tambien esculpidas figuras de animales; cada veinte años se ponía una, y por tanto la fundacion de aquella ciudad cuenta mas de veinte siglos (1).

Los edificios de Méjico corresponden á tres épocas: monumentos de los Aztecas, fundadores del imperio; monumentos anteriores construidos por los Toltecas ú otros pueblos que fueron á establecerse al Anahuac hácia el siglo VI, y los monumentos de Palenke, de Goatemala y de Yucatan, anteriores á toda memoria, tan antiguos que llegarán á tres mil años, y caracterizados por la sencillez, gravedad y solidez. Solo un gran pueblo podia construir ciudades como estas; pero ¿cómo no dejó memoria alguna? Si fué destruido, sus destructores debieron conservar un recuerdo de tan gran triunfo, y sin embargo en tiempo de la conquista nadie sabia la existencia de Mitla ó de Palenke. Problema es este para cuya solucion se presentaron mil opiniones, hasta creer que eran anteriores al diluvio.

Cuando llegaron los Europeos, los Mejicanos veían llenos de admiracion desembarcar en sus costas á estos formidables huéspedes, y las armaduras, los caballos, los fusiles y los cañones les hacian creer como en todas partes que descendian del cielo, y acudían enviados que de todo tomaban una idea ó un diseño para enviarlo á la corte en forma de relacion. Motezuma, que habia sido elegido rey por su modesto y grave aspecto, apenas subió al trono se trasformó encerrándose en el palacio, destumbrando con la pompa y sosteniéndose con el terror. Su devocion le arrastraba á frecuentes guerras para que los dioses no careciesen de sacrificios humanos. Dominaba á treinta poderosos caciques desde uno á otro mar, y tenia en el gobierno un orden admirable; creó condecoraciones para los que se distinguiesen y para los nobles; tenia reservada una ciudad para los que hubiesen envejecido sirviendo á la corona; habia fundado escuelas para ejercitar el entendimiento y el cuerpo, segun la carrera que quisieran seguir los jóvenes, las armas, el sacerdocio ó la magistratura. Pero destruyó toda resistencia, alejo de la corte y de los empleos á todo el que no fuese noble, sometió todas las provincias, y decia que ya tardaba en conquistar á Mechoacan, Tepeaca y Tlaxcala, para que no faltasen víctimas á los dioses.

Estos tres países habian permanecido independientes, aunque el imperio se extendía hasta las fronteras de Goatemala y Yucatan. Motezuma les hizo la guerra con todo su poder; pero encontró una viva resistencia, y los desastres que experimentó amenguaron la idea del poder del hijo del sol, y prepararon aliados á los Europeos.

(1) Ha sido descrita por WALDECK en el Boletín de Sociedad de Geografía. Octubre de 1835.

Amedrentado Motezuma con la venida de estos, hizo todo lo que pudo para evitar la visita con que le amenazaba el extranjero, que decia que era un embajador, y que su pequeño ejército no era mas que el acompañamiento. Motezuma le envió soberbios regalos, vestidos de finísimo algodón, penachos de los mas brillantes colores naturales, armaduras de una materia y un trabajo desconocido y precioso, y dos grandes pedazos esféricos, uno de oro y otro de plata, llenos de relieves que figuraban el siglo y el año mejicano; piedras, collares, perlas, animales de oro, grandísimos pedazos de oro virgen y oro en polvo; atractivo para la avaricia y la curiosidad.

Cortés insistía en que el decoro no permitía que se despidiese sin oírle al embajador del rey mas grande de toda la tierra, que habiendo ido á difundir la verdad, se creía en el deber de anunciarla para destruir la idolatría, y sin concebir temor alguno por los doscientos mil hombres que, según decían, podía poner en pie de guerra Motezuma, pensaba ya en conquistar aquel imperio. Así, pues, mientras se pasaba el tiempo en razonamientos, fundó Cortés á Villarica de Veracruz, nombre que expresa los dos únicos móviles de aquella época, el dinero y la religión, y viendo que Velázquez persistía en considerarlo como rebelde y sin poderes, estableció un consejo soberano en nombre del rey de España, y en sus manos resignó su autoridad dejando que eligiese al mas digno. Eligiósele á él en nombre del rey como general y gobernador, y Cortés, después de haber quemado las naves para quitar á los suyos la esperanza de la retirada y á España la de llamarle, y de haberse granjeado la amistad de algunos caciques disgustados de la tiranía de Motezuma, se puso en camino con quinientos soldados, seis cañones y quince caballos.

La república de Tlascal, situada en los montes, gobernada por una cámara de diputados de todo el país, y que habia resistido á los Mejicanos, fué obligada á pedir la paz, y se hizo amiga de los Españoles, sirviéndoles de escala para mayores conquistas. Una India que habia recibido Cortés de regalo y que habia hecho bautizar con el nombre de Marina, instrumento de su elocuencia y sus manejos, intérprete y consejera suya, le prestó mas servicios que un ejército.

Cortés se distingue entre los demas conquistadores por un resto de las ideas caballerescas de su país; lleno de entusiasmo y de intolerancia, perseverante hasta la obstinación, ávido de riquezas mas aun que de gloria; cruel algunas veces, pero no por instinto; dispuesto á hacer padecer, mas siempre inclinado á una compasión generosa. En las relaciones escribió sus empresas en estilo claro y agradable, aunque soldadesco é inculdo. Pero si por su parte trataba de cautivar á los Indios por buenos medios, los suyos los empleaban muy malos. Después comenzó él mismo á derribar los ídolos, é intimando que se hicieran cristianos á una

gente que no entendía lo que se le decía, se enemistó con los caciques que al principio se le habian mostrado favorables. Iba en Tlascalá á demoler los ídolos cuando el padre Bartolomé de Olmedo le demostró que ni la obligación ni la política le mandaban propagar con el hierro la religión. Harto lo perdieron de vista los conquistadores.

Descorazonóse con todo esto Motezuma, y en vez de acudir á las armas, echó mano de las asechanzas; pero también en esto le eran muy superiores los Españoles. Estos fueron recibidos favorablemente en Cholula; pero Cortés, recelando de los Indios, tomó algunos sacerdotes y los indujo á confesar que bajo la apariencia de un buen recibimiento se meditaba el exterminio de él y de los suyos, con lo que, irritados los Españoles, comenzaron la carnicería, y siguieron adelante.

Entonces se apareció á las encantadas miradas de los Españoles el ancho lago de Tezcoco, atravesado por tres caminos artificiales, con jardines colgantes en medio y alrededor populosas ciudades; sobre una isla unida al continente por una calzada que atravesaba el lago, se levantaba Méjico, donde en un círculo de quince millas se encontraban setenta mil casas, con plazas y calles larguísimas, infinitas tiendas, bosques, canales navegables y cincuenta mil góndolas para atravesarlos. Admirábanse los Españoles al ver tal civilización, tantas riquezas, y al considerar su propia audacia, y Motezuma, atemorizado por su superioridad moral y viendo que habian fracasado sus artificios, multiplicaba preces y sacrificios humanos, creyendo que se anunciaba la ira de los dioses en los portentos que por todas partes se le referían. No pudiendo entonces dispensarse de la molesta visita de los Españoles, creyó á lo ménos conveniente cautivarles saliéndoles al encuentro con toda su magnificencia. Precedieronle mil nobles con ornamentos uniformes, después tres heraldos y detras un centenar también de nobles: Motezuma iba en una litera cubierta de oro, resguardado por un quitasol de plumas verdes; cubríale las espaldas un manto todo lleno de piedras preciosas de oro y plata, y en todas sus extremidades relumbraba el oro. Seguíanle doscientos príncipes con riquísimos trajes. El emperador protestó firmemente de su amistad á aquellos hijos del Sol, y Cortés le aseguró que no habia venido por su mal, sino para consolidar la alianza y establecer la nueva religión.

Si en efecto esto hubiera sido cierto, ¡cuánto bien no habria resultado á la humanidad! ¡qué espectáculo ver las artes de Europa ingerirse en aquella civilización nativa y fortalecerse mutuamente! Pero todo era engaño, y Cortés con sus pérfidas promesas solo intentaba adormecer á Motezuma, tan desprovisto de medios para resistir á sus huéspedes, como lo estaria hoy uno de nuestros reyes contra un ejército que volase.

Méjico ciudad.

8 no-
viembre.

El templo de Méjico habia sido edificado por el modelo de los antiguos, seis años antes que Colon llegase á América, sobre una colina artificial colocada en medio de una extensa llanura. Después de un vestibulo de grandes paredes de piedra, en que estaban esculpidas culebras enroscadas subiendo una magnífica escalera, se entraba en una vasta capilla, con un terrado, donde habia cráneos humanos fijos en palos que se renovaban en las grandes solemnidades, y que cuentan llegaban á trescientos mil. El templo tenia cuatro puertas á los cuatro vientos, que daban sobre otras tantas plataformas, sobre cada una de las cuales habia las cuatro estatuas gigantescas. Alrededor estaban las habitaciones de los sacerdotes, dejando en medio un espacio donde hasta diez mil personas podían ejecutar las danzas rituales, y en el centro se elevaba una pirámide truncada de cincuenta y cuatro metros de alta y noventa y siete la anchura de su base; por una de sus caras subía una escalera de ciento veinte escalones. El dios Mexitlo, al cual se ofrecían los corazones de las víctimas, estaba en figura humana horriblemente severa, con culebras y rayos en la mano y cubierto de dibujos simbólicos. Custodiábase el fuego en dos grandes urnas, y las numerosas capillas tenian un lujo imposible de imaginar.

Motezuma poseía extensísimos palacios de cal y canto, compuestos de muchas casas unidas, y el que fué señalado por alojamiento á Cortés era capaz de ocho mil personas. El emperador se habia retirado al palacio del luto, donde todo era negro y horroroso y escasa la luz. Tenia otros para la alegría, y se cuentan como maravillas, uno que poseía lleno de aves rapiña, y otro de los animales domésticos mas estimados. Vastísimas galerías sostenidas por columnas de un solo trozo de mármol caían á los jardines, donde los árboles y las aguas daban oportuno asilo á las diversas especies: trecientos hombres cuidaban de ellas y recogían las plumas para hacer emblemas y dibujos. Cultivábanse allí también las plantas medicinales que después se daban á los que las habian menester.

Motezuma habia hecho llevar por dos conductos de piedra abundantes aguas para abastecer los jardines y comodidad de la ciudad. En diez arsenales se construían y conservaban las armas: una guardia real custodiaba los treinta patios del palacio, y en las salas interiores servía por turno toda la nobleza del reino. Además de las dos reinas de casas reales, tenia el rey muchas concubinas. Daba pocas audiencias, mas con gran pompa. Alguna vez comía en público; pero siempre solo y se le servían hasta doscientos platos, entre los cuales escogía el que mas le gustaba, distribuyendo los demas á los nobles de su guardia: á veces de sobremesa se presentaban bufones y músicos. Después de lo gastado en tanto fausto y en dos ó tres ejércitos, todavía le quedaba con que reponer su te-

soro: tanto producían las minas de oro y las salinas; pero mas aun las contribuciones, pues cada propietario pagaba un tercio de los frutos, y cada artesano un tercio de sus manufacturas.

Todo lo quiso ver Cortés, y desde lo alto del templo dominó la gran ciudad, estremeciéndose al ver los sacrificios humanos. Motezuma toleraba las rudas exhortaciones de este soldado, y después se postraba para aplacar á los dioses por las blasfemias que oía. El primer pensamiento de Cortés fué fortificarse en su alojamiento, donde meditaba los medios de conquistar un país cuyas riquezas despertaban su ambición. Mientras tanto un general mejicano atacó á Veracruz, y aunque rechazado, maló algunos Españoles, cuyas cabezas envió por todo el imperio, concitando el odio nacional y disminuyendo el espanto, haciendo ver que también los Españoles eran mortales.

Conoció Cortés el mal que le podia resultar si se rompía el encanto, y por esto se resolvió á uno de esos actos que ni aun el éxito salva de la tacha de temerarios. Penetrando en la morada de Motezuma se lo llevó á su palacio, y allí le mandó lo que quiso: el general vencedor fué quemado vivo y con lo mismo se amenazó á los que no creyesen en la inviolabilidad de los Españoles. Motezuma, encadenado con horror propio y de los suyos, fué obligado á reconocerse vasallo de Carlos V, y á ofrecer un presente de seiscientos mil marcos de oro puro, además de muchas alhajas. No se le pudo reducir á mudar de religión; pero se suspendieron los sacrificios humanos en los templos, y se pusieron santos y vírgenes en vez de cráneos.

Motezuma creía que después de esto se atendería Cortés á los pactos; pero este proclamó la soberanía de España, y pidió mas oro para los gastos que ocurriesen (1). Entonces supo que Narváez habia llegado con un ejército para quitarle la libertad con el mando. Resuelto Cortés le sale al encuentro, da á los Mejicanos el espectáculo de la guerra civil, y vencido su émulo, le reduce á servir bajo sus banderas. Con esto aumentó en valor y poderío, y resolvió extenderse por todo el país; pero estando ausente, su general Alvarado dejó reunirse á los Mejicanos en una fiesta y hace en ellos gran carnicería. Estalla entonces la mina. Los nobles temblaban de coraje por el envilecimiento en que estaba Motezuma, los sacerdotes por la profanación de sus ritos, todos por los ultrajes hechos á la nación: levántanse furiosos, asaltan el palacio, y Motezuma, que se presenta para apaciguarlos, es insultado y herido, por lo cual, viéndose vilipendiado de los suyos, murió de pesar.

Los Españoles, habiendo perdido tan preciosa prenda y sitiados por todas partes, conocen que

(1) Solís (que no sé con qué objeto es alabado por Voltaire cuando cansa por su constante hinchazón) da á su héroe palabras y hechos teatrales, evidentemente copiados de otros héroes: si comete una injusticia ó una imprudencia, la niega solo porque reflexiona que no es conciliable con la concienzuda probidad y política de Cortés.